

Aksionov fue procesado: se le acusó del asesinato de un comerciante de Riazán y de haberle robado veinte mil rublos.

Su mujer estaba desesperada y no sabía qué pensar. Sus hijos eran aún muy pequeños; el último era una criatura de pecho. Llevándoselos a todos consigo, fue a la ciudad donde estaba encarcelado su marido. Al principio no le permitieron que lo viera; pero después de mucho suplicar, obtuvo permiso de los funcionarios de la prisión y la llevaron ante él. Cuando vio a su marido con cadenas y en traje de presidiario, encarcelado entre ladrones y asesinos, se desmayó y tardó largo rato en recóbrar el sentido. Luego atrajo hacia sí los niños y se sentó junto a él. Le habló de cosas del hogar y le preguntó qué le había ocurrido. El se lo contó todo, y ella preguntó:

—¿Qué podemos hacer ahora?

—Debemos elevar una instancia al zar pidiéndole que no permita que un inocente se pudra en la cárcel.

Su mujer le contestó que ya había enviado una súplica al zar, pero que había sido rechazada.

Aksionov no contestó; parecía deprimido. Entonces dijo su esposa:

—No en balde soñé que tu cabello había encanecido. ¿Te acuerdas? No debiste marchar aquel día —y acariciándole el cabello con los dedos, preguntó—: Vanya, querido, dile la verdad a tu mujer, ¿fúiste tú quien lo hizo?

—¡De modo que también tú sospechas de mí! —exclamó Aksionov, y, ocultando la cara entre las manos, se echó a llorar.

En aquel momento llegó un soldado para decir que la mujer y los niños tenían que irse; y Aksionov se despidió de su familia por última vez.

Después de que se fueron, Aksionov recapituló lo que habían hablado, y al recordar que también su esposa sospechaba

de él, dijo para sus adentros: "Por lo visto sólo Dios puede conocer la verdad; sólo a El debemos apelar, y sólo de El podemos esperar clemencia".

Y Aksionov no escribió más instancias; renunció a toda esperanza y se limitó a rezar a Dios.

Por fin se vio la causa. Aksionov fue condenado a la pena de azotes y a trabajos forzados en las minas. Le dieron, pues, de latigazos, y cuando las heridas causadas por el knut cicatrizaron, le llevaron a Siberia con otros penados.

Durante veintiséis años vivió Aksionov como un recluso en Siberia. Su cabello se tornó blanco como la nieve, y le creció una luenga barba, rala y gris. Toda su alegría se desvaneció; poco a poco se fue encorvando; andaba lentamente, hablaba poco y no reía jamás, pero rezaba con frecuencia.

En el presidio Aksionov aprendió a hacer botas y ganó algún dinero, con el que compró las *Vidas de los Santos*. Leía este libro mientras aún había bastante luz en la prisión, y los domingos, en la capilla de la cárcel, leía pasajes de la Biblia y cantaba en el coro, pues todavía tenía buena voz.

Las autoridades de la prisión apreciaban a Aksionov a causa de su mansedumbre, y sus compañeros de infortunio sentían gran respeto por él: le llamaban "Abuelo" y "El Santo". Cuando querían pedir algo al alcaide, siempre escogían a Aksionov como su portavoz, y cuando surgían disputas entre los presos acudían a él para que enderezase los entuertos y fallase las querellas.

Aksionov no recibió noticia alguna de su casa, y ni siquiera sabía si su mujer y sus hijos vivían aún.

Un día llegó a la cárcel una nueva remesa de penados. Por la tarde, los presos antiguos se congregaron alrededor de los nuevos y les preguntaron de qué ciudades o aldeas procedían y por qué habían sido condenados. Aksionov se sentó entre los demás, cerca de los recién llegados, y escuchó con aire abatido lo que se decía.

Uno de los nuevos convictos, un hombre alto y fuerte, - como de sesenta años, con una barba gris muy corta, contaba a los otros por qué lo habían encarcelado.

—Veréis, amigos —decía—. Yo me limité a llevarme un caballo enganchado a una narria, y me detuvieron y acusaron de robo. Declaré que sólo lo había cogido para llegar antes a casa, y que después lo dejé marchar; además, el carretero era amigo mío. Así es que dije: "No hice nada malo". "Sí", me contestaron, "lo robaste". Sin embargo, no fueron capaces de demostrar cómo y dónde lo había robado. Ciertamente es que una vez obré mal y que en justicia debiera estar aquí desde hace muchísimo tiempo, pero en aquella ocasión no me descubrieron. En cambio, ahora me han enviado aquí por una nadería... Je... je... No os estoy contando la verdad; ya estuve antes en Siberia, pero no por mucho tiempo.

—¿De dónde eres? —preguntó alguien.

—De Vladimir. Mi familia es de esa ciudad. Mi nombre es Macar, pero también me llamo Semionich.

—Dime, Semionich —dijo Aksionov levantando la cabeza—, ¿conoces a los comerciantes Aksionov de Vladimir? ¿Viven todavía?

—¿Que si los conozco? Claro que sí. Los Aksionov son ricos, aunque su padre está en Siberia. ¡Un pecador como nosotros, a lo que parece! En cuanto a ti, abuelo, ¿cómo viniste a parar aquí?

A Aksionov no le gustaba hablar de su infortunio. Suspiró y dijo:

—Por mis pecados llevos preso veintiséis años.

—¿Qué pecados? —preguntó Macar Semionich.

Pero Aksionov se limitó a decir:

—Bueno, bueno... idebo haberlo merecido!

El mismo no habría dicho más, pero sus compañeros contaron a los recién llegados cómo había venido Aksionov a dar con sus huesos en Siberia; cómo alguien había matado a un comerciante, ocultando luego el cuchillo entre los bártulos de Aksionov, y cómo este había sido injustamente condenado.

Al oír esto, Macar Semionich miró a Aksionov, se dio una palmada en la rodilla y exclamó:

—¡Vaya! ¡Es maravilloso! ¡Verdaderamente maravilloso! ¡Pero cómo has envejecido, abuelo!

Los otros le preguntaron por qué se asombraba tanto y dónde había visto a Aksionov anteriormente; pero Macar Semionich no contestó. Se limitó a comentar:

—¡Es asombroso que nos hayamos encontrado aquí, muchachos!

Al oír estas palabras Aksionov se preguntó si aquel hombre sabría quién había dado muerte al comerciante; así pues, dijo:

—Quizá hayas oído hablar de aquel asunto, Semionich, o tal vez me hayas visto antes de ahora.

—¿Cómo no iba a oír hablar de ello? El mundo está lleno de rumores. Pero hace mucho tiempo de eso, y he olvidado lo que oí.

—¿Acaso oíste quién mató al comerciante? —preguntó Aksionov.

Macar Semionich se echó a reír y repuso:

—¡Debió ser el dueño de la bolsa en que se encontró el cuchillo! Si alguien lo escondió allí, ya conoces el dicho: "Nadie es criminal hasta que lo atrapan". ¿Cómo iban a meter un cuchillo en tu bolsa mientras estaba debajo de tu cabeza? Sin duda te habrías despertado.

Cuando Aksionov oyó estas palabras tuvo la certeza de que aquel hombre era quien había asesinado al comerciante. Se puso en pie y se fue sin decir una palabra. Durante toda aquella noche no pudo conciliar el sueño. Se sentía terriblemente desgraciado, y toda clase de imágenes cruzaron por su mente. La de su mujer, tal como era cuando se separó de ella para ir a la feria. La veía como si estuviera presente; veía su cara y sus ojos, la oía hablar y reír. Después vio a sus hijos, muy pequeños, como eran en aquella época: uno envuelto en una capota, el otro al pecho de su madre. Y luego se vio así mismo, joven y alegre como era en aquel entonces. Recordó cómo, libre de toda preocupación, tocaba la guitarra en el pórtico de la posada donde lo arrestaron. Vio con la imaginación la plaza donde lo azotaron, al verdugo y a la gente agolpada alrededor; los grilletes, los presidiarios, los veintiséis años de su vida carcelaria y su vejez prematura. El recuerdo de todo aquello le hizo sentirse tan desdichado que estaba dispuesto a matarse.

"¡Y todo es obra de ese malvado!", pensó Aksionov. Su furia contra Macar Semionich era tan grande que ansiaba vengarse, aunque ello le costase la vida. Se pasó la noche rezando, pero no logró sosegar. Durante el día no se acercó a Macar Semionich, y ni siquiera le miró.

Así transcurrieron dos semanas. Aksionov no podía dormir por la noche, y se sentía tan desgraciado que no sabía qué hacer.

Una noche en que vagaba por la cárcel reparó en una pedruzca de tierra que salió rodando de debajo de una de las tablas sobre las que dormían los reclusos. Se detuvo a ver qué era. De repente, Macar Semionich surgió arrastrándose de debajo de la tabla y alzó la vista hacia Aksionov, mirándole con cara espantada. Aksionov trató de seguir su camino sin mirarle, pero Macar le asió una mano y le dijo que había cavado un hoyo bajo la pared, y que se desembarazaba de la tierra metiéndola dentro de sus botas altas, que vaciaba luego todos los días en el camino por el que conducían a los presidiarios al tajo.

—Mantén la boca cerrada, viejo, y tú también saldrás de aquí. Si te vas de la lengua me azotarán hasta quitarme la vida, pero antes te mataré.

Aksionov temblaba de ira al mirar a su enemigo. Apartó violentamente la mano y dijo:

—No quiero escapar, y no tienes necesidad de matarme. ¡Me mataste hace mucho tiempo! En cuanto a delatarte... tal vez lo haga o tal vez no, como Dios disponga.

Al día siguiente, cuando llevaban a los penados a trabajar, los soldados de la escolta se dieron cuenta de que uno de los reclusos vaciaba sus botas de la tierra que contenían. Registraron la cárcel y encontraron el túnel. El alcaide interrogó a todos los presos para descubrir quién había cavado el hoyo. Todos negaron tener el menor conocimiento del asunto. Los que estaban enterados no quisieron traicionar a Macar Semionich, pues sabían que lo azotarían hasta dejarlo medio muerto. Finalmente el alcaide se volvió hacia Aksionov, a quien tenía por un hombre recto, y le dijo:

—Tú que eres un anciano veraz, dime, en nombre de Dios, ¿quién excavó el pasadizo?

Macar Semionich, aparentando una completa indiferencia, miraba al alcaide, sin lanzar siquiera una ojeada de soslayo a Aksionov. A este le temblaban los labios y las manos, y durante largo rato no fue capaz de articular palabra. "¿Por qué he de encubrir a quien arruinó mi vida?", pensó "¿Qué pague por lo que yo he sufrido. Pero si hablo, probablemente lo matarán a latigazos, y tal vez mis sospechas sean infundadas. Y, al fin y al cabo, ¿en qué me beneficiaría a mí?"

—Vamos, anciano —insistió el alcaide—, dime la verdad. ¿Quién abrió el pasadizo bajo el muro?

Aksionov miró de soslayo a Macar Semionich y repuso:

—No puedo decirlo, señorita. ¡No es voluntad de Dios que yo lo diga! Haga conmigo lo que quiera; estoy en sus manos.

Por mucho que insistió el alcaide, Aksionov no dijo más, de modo que hubo que renunciar a aclarar el caso.

Aquella noche, cuando Aksionov, acostado en su tabla, empezaba a quedarse adormilado, alguien llegó silenciosamente y se sentó sobre el catre. Escudriño la oscuridad y reconoció a Macar.

—¿Qué más quieres de mí? —preguntó Aksionov—. ¿Por qué has venido?

Macar Semionich permaneció callado, de modo que Aksionov se incorporó y le apremió:

—¿Qué quieres? ¡Vete o llamaré al centinela!

Macar Semionich se inclinó sobre Aksionov y susurró:

—¡Perdóname, Iván Dmitrich!

—¿Qué tengo que perdonarte? —preguntó Aksionov.

—Yo maté al comerciante y escondí el cuchillo entre tus cosas. Tenía intención de matarte a ti también, pero oí ruido afuera, así que escondí el cuchillo en tu bolsa y escapé por la ventana.

Aksionov se quedó callado; no sabía que decir. Macar Semionich se deslizó de la tarima que servía de cama y se hincó de rodillas en el suelo.

—¡Iván Dmitrich —suplicó—, perdóname! ¡Perdóname, por el amor de Dios! Confesaré que fui yo quien mató al comerciante, y a ti te pondrán en libertad y podrás volver a tu casa.

—¡Qué fácil es hablar para ti! —dijo Aksionov—. Pero yo he sufrido por tu culpa estos veintiséis años. ¿Dónde podría ir ahora?... Mi mujer ha muerto y mis hijos me han olvidado. No tengo a donde ir...

—Mantén la boca cerrada, viejo, y tú también saldrás de aquí. Si te vas de la lengua me azotarán hasta quitarme la vida, pero antes te mataré.

Aksionov temblaba de ira al mirar a su enemigo. Apartó violentamente la mano y dijo:

—No quiero escapar, y no tienes necesidad de matarme. ¡Me mataste hace mucho tiempo! En cuanto a delatarte... tal vez lo haga o tal vez no, como Dios disponga.

Al día siguiente, cuando llevaban a los penados a trabajar, los soldados de la escolta se dieron cuenta de que uno de los reclusos vaciaba sus botas de la tierra que contenían. Registraron la cárcel y encontraron el túnel. El alcaide interrogó a todos los presos para descubrir quién había cavado el hoyo. Todos negaron tener el menor conocimiento del asunto. Los que estaban enterados no quisieron traicionar a Macar Semionich, pues sabían que lo azotarían hasta dejarlo medio muerto. Finalmente el alcaide se volvió hacia Aksionov, a quien tenía por un hombre recto, y le dijo:

—Tú que eres un anciano veraz, dime, en nombre de Dios, ¿quién excavó el pasadizo?

Macar Semionich, aparentando una completa indiferencia, miraba al alcaide, sin lanzar siquiera una ojeada de soslayo a Aksionov. A este le temblaban los labios y las manos, y durante largo rato no fue capaz de articular palabra. "¿Por qué he de encubrir a quien arruinó mi vida?", pensó "¿Qué pague por lo que yo he sufrido. Pero si hablo, probablemente lo matarán a latigazos, y tal vez mis sospechas sean infundadas. Y, al fin y al cabo, ¿en qué me beneficiaría a mí?"

—Vamos, anciano —insistió el alcaide—, dime la verdad. ¿Quién abrió el pasadizo bajo el muro?

Aksionov miró de soslayo a Macar Semionich y repuso:

—No puedo decirlo, señorfa. ¡No es voluntad de Dios que yo lo diga! Haga conmigo lo que quiera; estoy en sus manos.

Por mucho que insistió el alcaide, Aksionov no dijo más, de modo que hubo que renunciar a aclarar el caso.

Aquella noche, cuando Aksionov, acostado en su tabla, - empezaba a quedarse adormilado, alguien llegó silenciosamente y se sentó sobre el catre. Escudriño la oscuridad y reconoció a Macar.

—¿Qué más quieres de mí? —preguntó Aksionov—. ¿Por qué has venido?

Macar Semionich permaneció callado, de modo que Aksionov se incorporó y le apremió:

—¿Qué quieres? ¡Vete o llamaré al centinela!

Macar Semionich se inclinó sobre Aksionov y susurró:

—¡Perdóname, Iván Dmitrich!

—¿Qué tengo que perdonarte? —preguntó Aksionov.

—Yo maté al comerciante y escondí el cuchillo entre - tus cosas. Tenía intención de matarte a ti también, pero oí ruido afuera, así que escondí el cuchillo en tu bolsa y escapé por la ventana.

Aksionov se quedó callado; no sabía que decir. Macar - Semionich se deslizó de la tarima que servía de cama y se hincó de rodillas en el suelo.

—¡Iván Dmitrich —suplicó—, perdóname! ¡Perdóname, - por el amor de Dios! Confesaré que fui yo quien mató al comer ciante, y a ti te pondrán en libertad y podrás volver a tu cá sa.

—¡Qué fácil es hablar para ti! —dijo Aksionov—. Pero yo he sufrido por tu culpa estos veintiséis años. ¿Dónde podría ir ahora?... Mi mujer ha muerto y mis hijos me han olvidado. No tengo a donde ir...

## LA APUESTA

## LA APUESTA.

ANTON CHEJOV/RUSIA

## LA APUESTA.

Era una oscura noche de otoño. El viejo banquero paseaba de una esquina a otra de su despacho, evocando la fiesta que diera, también en otoño, quince años atrás. Asistieron muchas personas inteligentes, y la conversación fue de lo más interesante. Uno de los temas tratados fue la pena de muerte. Los invitados, entre los que había un buen número de periodistas y eruditos, se mostraron en su mayoría contrarios a esta pena. La consideraban anticuada como castigo, inmoral e impropia de un país cristiano. Algunos opinaban que la pena de muerte debía sustituirse a escala universal por la de cadena perpetua.

—No estoy de acuerdo con ustedes —manifestó el anfitrión—. No he conocido ni la cadena perpetua ni la pena de muerte, pero si se me permite opinar a priori, la pena de muerte es, a mi modo de ver, más moral y humana que la cadena perpetua. La ejecución mata al instante, mientras que la cadena perpetua lo hace poco a poco. ¿Qué verdugo es más piadoso, el que mata en unos segundos o el que va quitando la vida poco a poco durante años y años?

—Ambos son igualmente inmorales —observó uno de los invitados—, porque los dos se proponen el mismo fin: privar de la vida. El estado no es Dios. No tiene derecho a quitar lo que no podía devolver si desease hacerlo.

Entre los invitados se encontraba un joven abogado de unos veinticinco años. Cuando le pidieron su opinión, explicó:

—Tan inmoral es la pena de muerte como la de cadena perpetua; pero si a mi me dieran a elegir entre una u otra, optaría sin vacilar por la segunda. Siempre es preferible vivir, sea como fuere, a no vivir en absoluto.